

Carlota Álvarez Maylín

UNA CURIOSIDAD SIN BARRERAS

Beatriz de Moura
y los libros que nos volvieron modernos



CARLOTA ÁLVAREZ MAYLÍN
UNA CURIOSIDAD SIN BARRERAS
Beatriz de Moura y los libros
que nos volvieron modernos

TUSQUETS
EDITORS

1.ª edición: junio de 2025

© Carlota Álvarez Maylín, 2025

Fotografías del interior: Archivo personal de Beatriz de Moura

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-643-2
Depósito legal: B. 8.946-2025
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Limpergraf, S.L.
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Introducción	11
--------------------	----

Primera parte: La formación de una editora (1939-1969)

1. Años de aprendizaje.	19
2. Primeros trabajos editoriales. Oscar Tusquets	35
3. La experiencia en Lumen.	45
4. La <i>gauche divine</i> , «un momento histórico que aprovechar»	54
5. El corto vuelo de <i>La Mosca</i>	70
6. Sexualidad y feminismo: la ruptura con la moral franquista.	78
7. Barcelona, una ciudad para Tusquets Editor	90
8. La escritura como forma de expresión.	94

Segunda parte: Nace Tusquets Editor, un sello independiente (1969-1975)

9. Cómo se funda una editorial.	103
10. Beckett & Company	113
11. La edición como una artesanía	133
12. La complicidad de los autores	140
13. La difícil independencia económica	157
14. La censura, bestia negra de los editores	161
15. El proyecto de Distribuciones de Enlace.	181
16. Aquel piso de Hospital Militar	197

Tercera parte: La consolidación empresarial

17. De Tusquets Editor a Tusquets Editores	207
18. Un catálogo para el nuevo milenio	219
19. La relación con los autores	230
20. Lealtades y decepciones	246
21. Los procesos de concentración editorial y las nuevas tecnología.s	255
22. El final de una época	264
23. Transmitir un oficio	278

Apéndices

Notas	291
Fuentes y bibliografía	309
Nota sobre las ilustraciones	318

Fotografías. [96-97, 192-193]

Primera parte La formación de una editora 1939-1969

Primera imagen barcelonesa: fiesta pijísima de San Valentín en el Ritz. Como estrella, la guapísima hija del cónsul de Brasil, Beatriz de Moura. Corte a puros *sixties*: bohemía, trabajos editoriales (Gili, Lumen), Cadaqués, desmadre, *gauche divine*, Bocaccio y creación, 1969, de Tusquets, una editorial subrayadamente diminuta con sus cuadernos bautizados como «ínfimos» y «marginales».

HERRALDE, 2001, pág. 225

(Imagen de la página siguiente.) Beatriz Lodge, hija del embajador de Estados Unidos en España, entrega la corona de Reina de la Fiesta de San Valentín de 1957 a Beatriz de Moura, Barcelona.



Una infancia trotamundos

Beatriz de Moura nació un 6 de mayo de 1939 en Río de Janeiro, en el seno de una familia pudiente brasileña. Terratenientes propietarios de grandes ingenios azucareros al nordeste del país, la posición adquirida por la familia se remonta a la figura del bisabuelo de la editora: João Ribeiro de Moura. Su hijo, Hastínfilo de Moura (1865-1956), un afamado militar e ingeniero, llegó a ser jefe del Estado Mayor de la Presidencia de la República, durante el gobierno de Epitácio Pessoa. El padre de Beatriz, Altamir de Moura (1903-1988), optó por la carrera diplomática y se licenció en Derecho y Ciencias Sociales por la Universidade Federal do Rio de Janeiro. Se casó con Eizà Gurgel de Moura, y en 1934 fue destinado a La Paz como personal diplomático.

El abuelo de la editora significó un referente a lo largo de su vida, al igual que su padre, por el que, a pesar de las enconadas disputas que mantuvieron, sintió siempre una gran admiración: «Fue el primer hijo en zafarse de la autoridad paterna: eligió la carrera diplomática, que le abrió al mundo y a la libertad. Él también tuvo que buscarse su propia forma de vida. No era creyente, aunque mi madre fuera beata. Entre los dos, yo me sentía más cercana a mi

padre» (Cruz, 2014, pág. 237). Gran parte de los enfrentamientos que mantuvieron tiene su origen en la creencia que sostiene De Moura de que su padre hubiera deseado un varón como hijo.¹

Apenas unos meses después del nacimiento de Beatriz de Moura, en noviembre de 1940, su padre fue destinado a Quito como encargado de negocios, donde se mantuvo hasta julio de 1941. Esta breve estancia en Ecuador fue realmente provechosa para Beatriz de Moura, y afortunada para los lectores en castellano, pues fue aquí donde aprendió su primera lengua. Al término de la Segunda Guerra Mundial, Altamir de Moura fue destinado a Argel como cónsul general. Argel y el Mediterráneo fueron la primera experiencia de libertad en esta infancia diplomática: «Me escapaba al menor descuido con los hijos del personal de servicio y, con ellos, vivía en la *kasbah* en total libertad ... En la *kasbah* estaba la pobreza, vivida según otra religión, en otra forma de concebir el mundo, donde los niños parecían felices: era un mundo fluido en el que todo circulaba».²

Roma fue el siguiente destino de Beatriz cuando su padre se convirtió en embajador en el Vaticano. La futura editora ingresó en el Liceo Francés, donde pasó su adolescencia adentrándose en la literatura. Allí pudo disfrutar de la Biblioteca Vaticana, reservada para el cuerpo diplomático, y su vida estuvo marcada por los grandes actos en la embajada, la formación junto a la élite intelectual europea y el lujo.³ Años después, en su novela *Suma*, Beatriz se referirá a las conversaciones que mantuvo con el secretario de Estado del Vaticano y que escandalizaban a su madre «por sus ideas avanzadas cuando discute sobre el Corán con mi padre, que lo había leído en Argel cuando frecuentaba árabes, ilustrados, amos de oasis, discusión interrumpida por Elisa, que se empeña en comunicar al Secretario de Estado que es

epiléptica, y a ver si el Papa la cura de una vez porque mamá le había dicho que recibe visitas de la Virgen de Fátima» (De Moura, 1974, pág. 28).⁴ Esta anécdota nos da una idea del doble ambiente en el que creció Beatriz de Moura, personificado en la figura de sus padres, que representaban la intelectualidad y la tradición como entes antitéticos.

A Roma le siguió Valparaíso, donde se reencontró con el castellano. Chile fue, sin duda, una de las peores experiencias y más nefastas en la vida de Beatriz de Moura, según sus propias palabras:

Me espera un colegio de monjas donde entiero mi infancia a la que me agarro por todos los medios, aterrada por sostenes, los portaligas y las medias, ridícula y torpe a mis quince años, aún con trenzas y calcetines, ser híbrido que añora aún los juegos violentos, pero fomenta ya a un cadete de la Escuela Naval para ir a las matinés y a las fiestas de los domingos por la tarde, sin saber por qué el amigo de papá me toca las tetas cuando me acompaña a casa después del tenis y por qué me dejo. Me convierto en una persona abominable, intratable, que no tarda en descubrir que su padre es un hombre de carne y hueso y que, como su amigo, toca las tetas de las hijas de sus colegas cuando las acompaña en coche después del golf. Sin darme cuenta, voy dejando de hacerle caso. Quizá por eso me pega por primera y última vez, cuando, adoptando la actitud habitual de Elisa, le planto cara y le contesto: «Burro serás tú». Pero, como no soy Elisa, subimos las escaleras a puñetazos y coces que ni dos chulos en un salón. Una semana sin cruzarnos la palabra basta para que yo nunca duerma la siesta en sus rodillas. Muy repentino todo, muy radical también, cambio de vida (De Moura, 1974, pág. 29).

Chile parece inexistente en los testimonios que la editora ha dejado sobre su juventud. Es en este destino donde se comienza a vislumbrar una ruptura en la relación pater-filial, que se acaba consumando apenas un año después en Barcelona. Antes de regresar al Mediterráneo, la familia De Moura recalca en Río de Janeiro, donde Beatriz finaliza el bachillerato francés y se convierte en una habilidosa portera de fútbol, otra de sus grandes pasiones.

A lo largo de la infancia y juventud de Beatriz de Moura asoma un personaje fundamental: su hermana Elsa, que será determinante en las tempranas vivencias de Beatriz. Elsa era cuatro años mayor que Beatriz, padecía una epilepsia incurable y se suicidó a los veinte años, un hecho que marcó abruptamente la vida de la futura editora:

Mi hermana tenía mucha sensibilidad, escribía poemas, ingenuos si quieres, pero eran poemas relacionados con el vivir y el no vivir, y lo que la vida era para algunos y no era para otros ... Mi hermana Elsa y yo crecimos solas, a veces enfrentadas, a veces cómplices. La dificultad de vivir consistía para mí en salvar a mi hermana de los demás, sobre todo de los demás niños, que eran de una temible crueldad. Aquello fue un aprendizaje terrorífico. Yo, aunque bajita, era fuerte como un toro. Y cada vez que se metían con ella, me lanzaba de cabeza como un toro y, ¡pam!, los embestía. Sentía que había venido al mundo con la misión de defenderla porque mis padres no nos hacían ni caso (Cruz, 2014, pág. 237).

En Valparaíso Elsa fue ingresada en un colegio especial, y los médicos aconsejaron a la familia que Beatriz entrara en el mismo centro para evitar la separación de las hermanas. Pasar por ese colegio fue una tortura para las dos y acabó condenando a Beatriz.

... se tira por la ventana del segundo piso para demostrarnos a todos, pero ante todo a mí, hermanita aterrada en el jardín, que hace lo que quiere cuando quiere. No se ha roto más que el tobillo ... pero yo ya no puedo borrar la imagen de Elisa volando por los aires como Superman. Al verla, años más tarde, color morado, la cabeza hundida en la almohada, fría, la piel del brazo almidonada, me acuerdo de aquel salto y pienso: Esta vez lo ha hecho en serio. Nadie en casa pronuncia una palabra, pero este ha sido un suicidio. Ha muerto, esto es todo, querían creer y hacer creer. Pero no, señores, no ha muerto como hubiésemos querido: ha muerto como ella quiso. Siempre hizo lo que quiso, para fastidiar, y fastidió tanto como pudo. ... Se lo hemos perdonado todo, incluso el día que lanzara un cuchillo que por poco no dejó a mamá clavada en la pared. Se ha hartado de verme salir, rodearme de amigos, ir al colegio y sacar sobresalientes, y ha decidido irse sin más, dejando tranquilamente a los padres con canas, cansados, recordando años inútiles, y lo que es peor: dejándome a mí a solas con ellos. Por eso borro las imágenes de las babas, convulsiones y gritos, y solo queda la Elisa que vuela por los aires porque quiere, con su pelo tupido y sus manos finas. Borro aquellas noches en que me despertaba con su mano crispada, las uñas clavadas en la mía, y ese sonido gutural (De Moura, 1974, pág. 30).

Tras el suicidio de su hermana, Beatriz pasó a un primer plano familiar, lo que generó no pocos conflictos con sus padres: «solo empecé a existir para mis padres a partir de la muerte de mi hermana. Solo entonces empecé a sentir el peso de una madre a la que siempre percibí como una enemiga» (Cruz, 2014, pág. 247).

El refugio: la biblioteca familiar y la lectura

Ante este escenario tan poco alentador, Beatriz de Moura encontró su refugio en los libros y la lectura. Durante estos años de vida diplomática, la biblioteca de su padre fue percibida como un verdadero hogar, un lugar de estabilidad, el único que no cambiaba y se mantenía como una constante en su vida. En esta habitación paterna se encontraban libros de historia, filosofía y literatura:

Tenía una gran biblioteca de libros que él mandaba encuadernar en tapa dura. Aquella biblioteca fue mi alimento, mi refugio. Ten en cuenta la desorientación de los hijos de diplomáticos. Cada dos o tres años cambias de lengua, de amigos, de los siempre muy distintos modos de convivencia. Cuando empiezas a amoldarte debes marcharte otra vez. Haces piruetas mentales y anímicas, y aprendes a vivir, a sobrevivir a esos cambios tan brutales. Leer me ayudó mucho para seguir dando cierta coherencia a enseñanzas y vivencias tan variadas.⁵

La lectura le permitió construir un relato de su propia vida en el que incorporar cada lugar habitado. Sus primeras lecturas fueron a solas con su padre, sentada en el taburete donde él ponía los pies para leer. Estas prácticas lectoras tempranas fueron configurando su gusto literario:

Por increíble que parezca, muy pronto, quizá entre los siete y los nueve años, leí en serio de la biblioteca paterna dos libros a los que vaya una a saber por qué sigo recordando como importantes para mí: *La vida de Jesús*, de J.-E. Renan [Ernest Renan], y *La vida de las hormigas*, de Maurice Maeterlinck, libros que, según mi padre, estaban en el índice de

prohibidos por la Iglesia. Del primero permanece en mí, supongo que por desconocida entonces, una nítida sensación de pecaminosa sensualidad; y del segundo, algo así como la justificación de una curiosidad por casi todo, de la que antes de esa lectura siempre me había sentido culpable, no sé muy bien por qué, y a partir de entonces nunca más.⁶

A estas lecturas le siguieron las recomendadas por el Liceo Francés de Roma, que, bebiendo de la tradición francesa, fomentaba el análisis confrontado de obras de autores como Racine, Corneille y Molière; Voltaire y Rousseau; Victor Hugo y Baudelaire; Balzac y Georges Sand; Flaubert y Stendhal. Sin embargo, hay dos autores a los que Beatriz de Moura descubre durante su adolescencia, que marcarán su trayectoria lectora, su gusto literario y su práctica editorial: Stendhal, fundamentalmente *La Cartuja de Parma*, y Albert Camus. A partir de entonces, fue una pasión: «quería leerlo todo, de modo que leí de la manera más caótica que pueda imaginarse, ficción de preferencia. Podía pasar con una naturalidad pasmosa de un ensayo sesudo a una novela de Corín Tellado».⁷

La ajetreada experiencia diplomática familiar de Beatriz de Moura requirió el aprendizaje de nuevos idiomas para continuar su formación en cada país. La editora aprendió inglés, italiano, castellano, portugués y francés. El español se convirtió en su lengua de pensamiento: «no tuve lugar donde arraigar, incluso idiomáticamente. La lengua en la cual pensé siempre fue en español, porque fui consciente de la vida en Quito ... En este sentido, el no tener lengua propia desde el primer momento, no me conducía al sueño de ser escritora. Pero sí sabía muy bien que había libros que me gustaban más o me gustaban menos, y siempre me preguntaba por qué me gustaba un libro».⁸

Durante su adolescencia fantaseó con ser actriz, bailando, cantando y haciendo reír, o quizás bailarina, gracias a la práctica durante más de catorce años de ballet, pero siempre tuvo claro que le gustaría vivir rodeada de libros.

Barcelona y la ruptura familiar

En 1956, Altamir de Moura es nombrado cónsul general de Brasil en Barcelona. Cuando llegaron a la Ciudad Condal, Beatriz tenía diecisiete años, había terminado el bachillerato en el Liceo Francés de Río de Janeiro y se encontró, de nuevo, con su amado Mediterráneo. Sin embargo, Barcelona no era Argel, y, en pleno franquismo, la recibió como una ciudad «gris, silenciosa, esquiva», con un «un pijerío insoportable, las tienduchas minúsculas en las entradas de las casas, los porteros agazapados bajo la luz enfermiza de las bombillas que colgaban de un hilo mugriento y, sobre todo, un silencio aplastante».⁹

El padre de la editora se negó a que su hija continuara con su formación superior, por las derivas fascistas que había seguido la enseñanza universitaria en España. Durante estos primeros años en la ciudad, acompañada por su madre, Beatriz aprendió a coser, se instruyó en la práctica mecanográfica, acudió a la Escuela de Puericultura, realizó prácticas en el Hospital Clínico, y se inscribió en las clases de geografía política del Instituto Francés. Con una formación errática durante estos años, en 1957 escribe su primera novela, *Au seuil de la vie*.

Encontramos en la prensa de la época curiosas noticias que dan cuenta de la vida social de Beatriz de Moura durante sus dos primeros años en Barcelona. Participó en fiestas de la alta sociedad, como la cena de gala de San Valen-

tín organizada en el salón de fiestas del hotel Ritz por la embajada de Estados Unidos, en la que «el acto culminante de la fiesta fue la proclamación de la nueva “reina” de 1957, cuyo nombramiento recayó en la señorita Beatriz de Moura, hija del cónsul general del Brasil, en Barcelona, don Altamir de Moura, y que es una monísima muchacha morena».¹⁰ Un año después, fue la propia Beatriz la que le entregó la corona a la hija del consejero de la embajada de Estados Unidos en Madrid. Pero también se empezaba a entrever una faceta alejada de la vida familiar, en su ático, en una torre vecina a la de los Goytisolo, donde se refugiaba y bailaba *rock-and-roll* con sus amigos.¹¹

En 1959, decidida a continuar con su formación superior, Beatriz de Moura da un giro a su vida y se matricula en la Escuela de Traductores e Intérpretes de Ginebra. Un familiar regentaba una agencia de traducción simultánea para grandes convenciones y pensó que allí podría encontrar su futuro. Durante los cuatro años que estuvo en Ginebra, con idas y venidas, estudió dos carreras: Intérprete Internacional y Filosofía y Letras, sin lograr completar ninguna de las dos. En una conferencia de la Organización Mundial de la Salud tuvo que traducir al inglés a un japonés que hablaba francés. No entendió nada y al salir de la cabina su profesor le dijo que no valía para aquello. Ella se lo agradeció.

Si bien contó con el apoyo inicial de sus padres, durante sus primeros años en Ginebra se produjo una fuerte ruptura paterno-filial que propició que Beatriz perdiera el apoyo económico de sus padres:

Mi padre de pie junto al Zenith, el puro apagado en la mano y la vena de la ira en la frente, mi madre sentada en el sofá protegida por la bufanda que tejía y yo en aquel trozo de parque sin alfombra: —Si te pones así, me voy de casa, ¿lo

oyes?, me voy, y esta vez será en serio. / Pues ¡vete, vete de una vez!—. Tuve que irme de una vez; uno se va siempre de una vez, de lo contrario hace el ridículo. Lo peor es que no lo tenía previsto; como diría la canción: salió del alma. Y me vi heroína; me identifiqué con aquellos retratos que colgaban de la pared de mi cuarto: Camus escribiendo de pie en un pupitre de patas altas —y, alrededor de la foto, párrafos extraídos de *El extranjero*—; al lado, ¿cómo no?, Sartre le echaba una mirada estrábica (De Moura, 1974, pág. 25).

Fueron varios los motivos que la llevaron a romper con su familia. Por un lado, su padre no aprobaba su asistencia a la universidad y la destinaba a cumplir lo que se esperaba de una mujer de «buena» familia: un provechoso matrimonio. Pero «su niña obediente, de repente, se le va de las manos y dice que se queda, sin novio y sin plan de casarse»: «Entonces, yo estaba estudiando Filología Francesa en Ginebra, muy bien situada, y me cortó el grifo». Por otro lado, Beatriz fue ganando independencia en su estancia en Ginebra, cada vez más alejada de los círculos sociales familiares y tejiendo sus propias amistades y redes sociales. Sus padres interpretaron esta independencia como un «peligro de desvío y le prohibieron regresar a Suiza».¹²

A estas razones se sumaron las actividades antifranquistas que Beatriz de Moura llevaba a cabo en Ginebra aprovechando su pasaporte diplomático. Se dedicó a pasar de forma clandestina en su Seat 600 el *Mundo Obrero*, periódico del Partido Comunista de España, de un lado al otro de la frontera. Cuando su padre se enteró de las actividades clandestinas que llevaba a cabo, estas se convirtieron en el detonante para forzarla a abandonar Ginebra y los estudios, y acompañarle en su nuevo destino: Santo Domingo.

Beatriz se tomó esta ruptura con su padre y, por consi-

guiente, con su madre como una oportunidad para iniciar una nueva vida que no fue fácil, pero en la que mantuvo una firme autonomía. A principios de los años sesenta decidió no seguir a su familia en su nuevo destino al otro lado del Atlántico y continuar sus estudios en Suiza. En Ginebra tuvo que mudarse de su lujoso apartamento a una vieja pensión y comenzó a trabajar para costearse los estudios:

De las noches en el Club 59, frecuentado por hijos de reyes exiliados y pijos del mundo entero que justificaban las cuentas bancarias depositadas en las arcas de aquel pequeño país de relojes y chocolate, de ese mundillo de ensueño, pasé a trabajar de camarera en las múltiples exposiciones internacionales, de lavavasos en las cafeterías de estación de tren, a pegar sellos en correos, a traducir papeles de toda suerte en las organizaciones internacionales, a pasear perros y, en particular, a cuidar niños por la noche. Parece mentira, la *babysitter* fue la función que mejor se me dio, entre otros motivos porque, cuando conseguía que se durmieran los niños, yo podía leer y estudiar (Cruz, 2014, pág. 249; De Moura, 1974, pág. 57).

De Moura escribió diversas «Cartas al director» de *Destino* mientras permanecía en Ginebra, entre las que destaca la que se refiere a la situación de los inmigrantes españoles en Suiza. Publicada en el semanario, Beatriz recuerda que vivió en España «el tiempo suficiente como para alegrarme sinceramente al encontrar españoles en el extranjero. Y a veces, me animo con solo oírles hablar. Escucho atentamente como quien lee el periódico por encima del hombro del vecino. Es como si me contaran algo de la gente, de la ciudad, del pueblo».

Con el tiempo, esta excepcionalidad de encontrarse españoles se volvió costumbre: «ya no me sorprendía al verles

y me llegaban ya indistintamente al oído el “gracias” y el “merci”. Mientras que, durante el día, los españoles se camuflaban en el ritmo frenético de la ciudad, por la noche y los sábados por la tarde se juntaban:

Salen todos como hormigas en la leche y se reúnen. Sí, sobre y ante todo se reúnen. Triunfa y vive intensamente el grupo que viene de la misma provincia o del mismo pueblo si es posible. Se conocen como desde siempre y todos se quieren y se ayudan y se llaman por teléfono. Donde hay un español hoy, habrá diez mañana para hablar, discutir, contar chistes, recordar parientes y hacer planes para la vuelta ... He logrado distinguir hasta ahora los catalanes, los gallegos y los andaluces (¿quién no?). Pero sé que hay para todos los gustos y tendencias.¹³

Durante su estancia en Ginebra, Beatriz estuvo ingresada en una clínica psiquiátrica por segunda vez. Antes había estado junto a su hermana en la institución de Valparaíso. Su ruptura con la familia supuso «una crisis de identidad muy fuerte»: «pasé un año en una casa de salud de Ginebra. No sé lo que me hicieron, pero debió ser muy fuerte, porque desde entonces no consigo recordar ningún sueño». Beatriz sufría desmayos esporádicos y en Ginebra la sometieron a una cura de sueño de siete días que terminó con sus sueños y pesadillas, y que tendrá un fuerte impacto a lo largo de su vida, donde se irán sucediendo lo que ella misma denomina «crisis histéricas, parecidas a las epilépticas».¹⁴

Los regresos a Brasil

Beatriz de Moura regresó a Barcelona definitivamente en 1962, cuando su familia ya se había marchado de la ciudad.

Durante una década, la relación con sus padres fue inexistente, sin contacto. Aunque de raíces brasileñas y gran apasionada de la *Canarinha*, no volvió a Brasil hasta casi veinte años después de su marcha de Río, cuando su padre se había jubilado tras ejercer cuatro años como embajador en Bagdad. Este viaje de reencuentro tuvo una gran importancia para Beatriz, como relató en sus cartas a Sergio Pitol y Mario Vargas Llosa:

Mi papá está dispuesto a conseguirme un billete de avión económico —no sé por qué mecanismos maquiavélicos— para que vaya a Río. Está viejo y hace testamento. Ojalá me toque algo provechoso. Aunque sé que gran parte de lo que tiene irá a parar en manos de mi ex-institutriz-amante-de-mi-padre-fiel-celadora-de-una-madre-enferma-de-idiotéz-y-corazón-y-astutísima-dominadora-de-la-mente-débil-de-mis-papás. No sé cuándo podré ir. Quizá para Navidad-Año Nuevo. Eso es cosa de ellos. Que pongan el dinerito y yo voy.¹⁵

Las expectativas que Beatriz tenía con este regreso iban mucho más allá de las vicisitudes con su familia; reencontrarse con Brasil suponía para la editora un viaje emocional hacia el pasado: «para mí tiene algo de reconquista y temor, si no fuera para estar con mis padres, este viaje sería magnífico».¹⁶ El viaje se extendió del 22 de diciembre de 1971 al 10 de enero de 1972 y, desde luego, no dejó indiferente a la editora:

Brasil: todavía no sé muy bien qué decir. Fue un shock brutal para mí volver después de quince años. Sentí a la vez como una llamada de la selva (olores, colores, vegetación, música, etc.) y repulsa. Recuerdos cuya presencia ignoraba regresaron a mí de golpe y me poblé de otros fantasmas

desconocidos, o mejor, insospechados. Es un gran país con una gente estupenda, pero todo respira ignorancia, abandono, represión. Todo eso mezclado con unos padres seniles y una familia de monstruos.¹⁷

Estos viajes le confirmaron una certeza que había ido desarrollando durante su juventud, sobre su infancia perdida, sin referencias de pertenencia: «no tengo raíces y sigo sin tenerlas; si pertenezco a algún ámbito es al Mediterráneo, a su luz, al mar, a su clima, a su cultura».¹⁸ El desarraigo familiar y la inexistencia de unas redes de sociabilidad estables durante su infancia y juventud generaron importantes crisis de identidad en la editora. La ruptura familiar no significó únicamente la desaparición de la relación con sus padres, sino que representó una brusca transformación vital que llevó aparejado un cambio en la posición económica, en las redes culturales, y en el rumbo y proyecto de vida que habían imaginado para Beatriz y que, a partir de ese momento, ella podría trazar libremente. Con avances y retrocesos, la búsqueda de autonomía vital se mantuvo a lo largo de su vida, como una meta fundamental en su concepción vital. Pese a la ausencia física, Beatriz reconoce en su padre una referencialidad cultural con un fuerte carácter. Sus constantes regresos a Brasil como país de origen están muy relacionados con la figura de su abuelo, con quien escasamente compartió vivencias, pero de quien construyó un relato que le sirvió para dar coherencia a sus orígenes y sentir arraigo en una tierra que era su origen natal, pero en la que apenas había permanecido intermitentemente durante tres años. Finalmente, la denostada figura materna que Beatriz de Moura representa a través de un personaje bastante desagradable,¹⁹ se proyecta como un contrario vital a los objetivos, proyectos y visiones que tenía la editora para

su vida. Frente a su madre, reconoce a la figura paterna como el ejemplo heredado:

Hasta que no llegué a España no vi la existencia de una madre como algo decisivo, para bien y para mal. Ella era una persona confundida y confusa. Me daba consejos que parecían artificiales. No tenía conexión con los demás. Yo, en cambio, tenía el don de relacionarme, sin duda heredado de mi padre, a quien todo le interesaba. Él era quien me contaba cosas, quien me llevaba a todas partes.²⁰

A pesar de tener construida una narrativa sobre cada una de las figuras familiares, en su conjunto, el núcleo familiar se refleja a través de la relación económica que mantuvieron durante años:

Con la imagen tradicional de la familia rica de América, no puedo impedirme pensar en una fortuna fabulosa que me caerá del cielo. Pero no creo que sea tal cosa; mi padre nunca fue una persona ahorradora y nunca fue rico: vivió bien y ya está. Debe de sorprenderte que solo hable de dinero cuando me refiero a mis padres ... Son viejos, reaccionarios, chochean. Casi me dan lástima. Mi padre nunca fue un brillante diplomático y menos un buen escritor. Mi madre se limitó a ser la sombra de un hombre mediocre.²¹

La opinión sobre su padre se transforma al incluirlo en el grupo familiar y queda reducido a la percepción negativa colectiva. Esta representación de la familia tiene su origen en dos motivos: las vivencias de la infancia y la coerción de la adolescencia. Son múltiples las declaraciones, entrevistas, relatos que podemos encontrar en los que la editora relata su infancia, concluyendo en un mal recuerdo de la juventud viajera:

Como en todo y para todo, hubo aspectos que hoy agradezco, como aprender idiomas en la infancia, que es cuando ya no los olvidas; aprender a adaptarte cada dos años a costumbres radicalmente distintas, a nuevos colegios y compañeros, a seguir estudios en países con diferentes culturas, a ir adquiriendo la sensación de lo que significa realmente ser ciudadana del mundo. Pero todo esto tuvo un coste muy elevado: el desarraigo, el dolor de las pérdidas de afecto, la inseguridad, la ausencia de una familia con abuelos, tíos, primos, etc.; la vergüenza de sentirme diferente en cada nuevo lugar.²²

Su opinión sobre su adolescencia no mejora: «mi adolescencia fue espantosa».²³ La tensión entre la coerción familiar, y la libertad aprendida de las ciudades en las que habitaba, como Argel o Roma, desembocaba en la necesidad de emanciparse del núcleo familiar. Beatriz era consciente de que, de haber nacido varón, sus padres la habrían dejado continuar sus estudios en un lugar fijo, en lugar de llevarla consigo y cambiarla de colegio continuamente.

Tras su salida de Ginebra, llegó a un país que llevaba más de dos décadas sumido en la desactivación política y la inhibición cultural, controlado por un régimen que relegaba a las mujeres al espacio doméstico, impidiéndoles erigirse como dueñas de sus vidas, y mucho menos ponerse al frente de proyectos culturales. Pese a ello, Beatriz y otras futuras editoras aprovecharon las grietas del sistema para ser protagonistas de los procesos de cambio e introducir propuestas que se convirtieron en proyectos transformadores de cambio social, político y cultural y, por supuesto, de género.